

La JMJ, un nuevo Damasco

30 de julio de 2011 - Alfa y Omega

Saulo de Tarso, lleno de celo por la ley de Moisés, llevaba cartas expedidas por la autoridad más alta del judaísmo, destinadas a las sinagogas de Damasco, *con el fin de llevar detenidos a Jerusalén a cuantos encontrara, hombres y mujeres, seguidores del Camino*. El Señor, sin embargo, no se lo permitió. Cuando ya estaba cerca de la ciudad, una luz intensísima lo derribó al suelo y oyó una voz que le decía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* El joven respondió: *¿Quién eres tú, Señor?* Y la voz le dijo: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues*.

Todo ocurrió en un instante, en el camino de Damasco. Desde entonces, este nombre -Damasco- es sinónimo de conversión, de apertura a la gracia de Dios. Desde aquel momento, Saulo el perseguidor, con la ayuda de un cristiano piadoso de Damasco, Ananías, se convirtió en el apóstol Pablo. Dijo que sí al Señor, libremente, y fue hasta la muerte -con una lucha generosa, alegre- un fiel discípulo y evangelizador de Jesucristo.

De alguna manera, se podría decir que cada **JMJ** es, para muchas y muchos jóvenes, la ocasión de revivir el episodio de Damasco. El Señor Jesús, por boca de su Vicario en la tierra, Benedicto XVI, dirigirá su palabra a quienes le escuchen y provocará -en quienes le oigan bien dispuestos- una nueva conversión, un cambio quizá profundo en su existencia.

De esa palabra acogida con fe, pueden nacer millares de decisiones de búsqueda de Jesucristo, sin cambiar de estado -en la vida matrimonial, en el celibato apostólico-, abrazando el sacerdocio o la vida religiosa.

El Señor llama a muchos, a todos, a la plenitud de la vida cristiana, por muy diversos caminos. Pero se precisa -como en el caso de san Pablo- un corazón abierto a Dios y a los hermanos, que se adquiere y se profundiza con la ayuda de la catequesis y también con la colaboración de otras personas que, como Ananías, pueden facilitar que la palabra del Vicario de Cristo arraigue en el alma.

Cada santo, canonizado o no, ha tenido su Damasco, su momento de conversión radical a Dios. Quizá no fue tan vistoso como el de san Pablo, pero fue igualmente eficaz. Quizá se trató sencillamente de pasar de la indiferencia al don de sí mismo. De una vida que consistía en recibir, a otra que es también dar, que va acompañada de una felicidad profunda, tan diferente de la que ofrecen las satisfacciones materiales.

He tenido la suerte de vivir muchos años al lado de un santo que, lleno de convicción, aseguraba: "Madrid ha sido mi Damasco, porque aquí se han caído las escamas de los ojos de mi alma y aquí he recibido mi misión". Me refiero a san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.

Aunque nacido y criado en tierra aragonesa, fue en Madrid donde el Señor le mostró la tarea que le había asignado desde la eternidad: enseñar a todos los cristianos que la existencia ordinaria -entretejida de horas de trabajo bien hecho, de dedicación a la familia y a los

amigos, de interés por el bien común de la sociedad- podía y debía ser un verdadero camino de santificación.

Durante muchos años, presintiendo que el Señor quería algo de su vida, pero sin saber qué, el joven Josemaría se dirigió a Dios con unas palabras tomadas del Evangelio: *Domine, ut videam*; las mismas que un ciego dirigió a Jesús que pasaba por el camino de Jericó: *Señor, ¡que vea!* Esa luz se hizo realidad en su alma el 2 de octubre de 1928, precisamente en esta ciudad de Madrid.

Aquí desarrolló un servicio generoso entre todo tipo de personas, entre los enfermos de los hospitales y entre las gentes más necesitadas de las barriadas extremas. Bien pronto se rodeó también de un grupo de jóvenes a los que contagió su entusiasmo sobrenatural y humano, enseñándoles a santificar el estudio, el trabajo y todas las realidades de la vida cotidiana.

Muchas personas han tenido su Damasco en Madrid, tierra de santos, de mártires y de cristianos normales que procuran imitar a Jesucristo en la vida ordinaria. Por unos días, esta ciudad se convertirá en la capital mundial de la juventud.

Sobre todo, va a ser la ciudad de Pedro. Benedicto XVI nos guía y nos lleva hacia el Modelo de todos los santos, hacia Cristo. Le damos la más calurosa bienvenida, rezamos por los frutos de su Viaje pastoral y pedimos, sobre todo, que muchas chicas y muchos muchachos se sientan personalmente interpelados por sus palabras y experimenten en esas jornadas su Damasco: un encuentro personal más intenso con Jesucristo, que cambie y mejore su existencia.

Decía el Papa, al comenzar su pontificado: *"Quien deja entrar a Cristo en la propia vida no pierde nada, nada -absolutamente nada- de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren de par en par las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera"*.

Hemos de estar plenamente convencidos: Cristo no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en nosotros, sino que lleva todo a la perfección para la gloria de Dios, la felicidad de los hombres y la salvación del mundo.

Recurro a la intercesión de san Josemaría, tan estrechamente ligado a esta ciudad, y al Beato Juan Pablo II, inspirador de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Que ellos nos alcancen del Señor, por intercesión de la Virgen de la Almudena, una lluvia de gracias en estos días.

Que la JMJ de Madrid sea *la Damasco* de muchos jóvenes dispuestos a dejarse la vida por Cristo y por los demás, siendo testimonios creíbles y vibrantes de ese Evangelio -siempre antiguo y siempre nuevo- que el mundo actual, nuestro mundo, necesita con urgencia.

+ Javier Echevarría

Prelado del Opus Dei

=====

Madrid 2011, punto de partida

La Razón

Desde que el Beato Juan Pablo II tuvo la intuición de promover hace 26 años la primera Jornada Mundial de la Juventud, en Roma, podría decirse que cada uno de estos encuentros ha significado un punto de partida en la vida de millares de jóvenes: chicas y chicos que han conocido mejor a Jesucristo y se han decidido a dar un rumbo nuevo a su vida, orientándola de modo consciente y maduro hacia Dios y hacia los demás, con una visión cristiana optimista, propia de quienes se saben hijos de Dios. Para algunos, con el tiempo, aquel entusiasmo inicial encontró los obstáculos ordinarios del caminar terreno pero, con la gracia de Dios, muchos han llegado a la felicidad de la fidelidad: dos palabras que riman, como decía san Josemaría Escrivá de Balaguer. La fidelidad no es otra cosa que la madurez del amor en el tiempo. De hecho, muchos de los participantes en las primeras jornadas mundiales se contaban entre los millones de personas que dieron el último adiós a Juan Pablo II, un “a Dios” que era a la vez un “gracias” y una petición: “¡sigue ayudándonos!”.

Han pasado los años y, con Benedicto XVI, las jornadas mundiales de la juventud mantienen su extraordinaria capacidad de convocatoria. Poseen un magnetismo que no es artificial pues, con el sucesor de Pedro, es el mismo Cristo quien pasa. Cristo que se fija en muchos, sí, pero sobre todo en cada persona, y esa mirada es cauterio que purifica y amor que llama. Muchas decisiones de entrega vendrán, no lo dudo, para alcanzar la alta medida de la santidad cristiana en todas las circunstancias: en la vida matrimonial, en el celibato apostólico, sin cambiar de estado, o bien abrazando el sacerdocio o la vida religiosa. El “gracias”, “sigue ayudándonos”, a través de Pedro, llega al Cielo para convertirse en obras: “¡aquí estoy!, ¡cuenta conmigo!”. Esta es la respuesta cristiana a la exhortación de Pablo a los Colosenses: “Así como habéis recibido a Cristo Jesús, el Señor, vivid en él” (*Col 2, 6*).

En la defensa de la fe que hace San Pablo, en el pasaje de su carta que ha sido elegido como lema para esta nueva Jornada Mundial, el Apóstol habla de las “vanas filosofías y falacias” (*Col 2, 8*). Las jornadas de la juventud, en este mundo nuestro, tan desgarrado por guerras y por revueltas ligadas a las incertidumbres e injusticias de la vida, en este mundo, que a la vez nos toca amar porque es el lugar donde Dios nos quiere con su amor infinito, las jornadas mundiales nos traen una bocanada de aire fresco. La misma sociedad global, tecnológica, siempre en cambio, se muestra también sensible a la verdad y a la esperanza. Y ve en su seno a esa multitud de católicos que, de repente, en la calle, se descubren, se conocen, y se percatan de que cuentan para algo, para mucho: han de ser el alma de la sociedad. Creemos en el amor de Dios, nos dicen, y aquí estamos.

La juventud es el tiempo de la esperanza y de la aventura, el tiempo de la generosidad. Un momento en el que resulta más fácil ver a Cristo como “plenitud del hombre y cumplimiento de su anhelo de justicia y de paz”, como decía Benedicto XVI el pasado 1 de mayo. Madrid, como antes Roma, Sídney, Colonia, Cracovia, Toronto, París, Denver, Manila o Buenos Aires –entre otras ciudades–, será para muchos, no lo dudo, una llamada a construir

sobre Jesucristo, no para encerrarse sino para convertir la propia existencia en servicio a los demás.

Hace más de 80 años, Madrid fue para san Josemaría el lugar de un especialísimo encuentro con Dios. En 1928, vio que Dios le pedía que fundara el Opus Dei, y solía rememorar el episodio haciendo referencia a la llamada de Cristo a Saulo de Tarso, camino de Damasco: “Madrid ha sido mi Damasco –afirmaba– porque aquí se han caído las escamas de los ojos de mi alma y aquí he recibido mi misión”. Entonces, el joven sacerdote de 26 años, comenzó a trabajar incansablemente entre obreros y estudiantes. Buscó su fuerza en los enfermos y en los pobres de la capital española: horas y horas por los barrios marginales de la ciudad, todos los días, a pie de una parte a otra. Mientras servía y alentaba a unos y a otros, les pedía que ofrecieran sus penas y dolores por las almas de los jóvenes que atendía. La oración de los niños, de los pobres y de los enfermos es especialmente grata a Dios; estoy persuadido de que aquellas oraciones de los enfermos de los años 30, como las de tantos que hoy se unen con el corazón a la Jornada Mundial sostendrán a quienes se preparan para su encuentro con Pedro en las calles de Madrid. Manifiestan la fuerza invisible que hará de Madrid un nuevo Damasco para muchos.

En aquellos años, San Josemaría regaló un día, a un joven estudiante de Arquitectura, un libro sobre la Pasión de Cristo; en la primera página, escribió esta dedicatoria:

“+ Madrid, 29-V-33

Que busques a Cristo

Que encuentres a Cristo

Que ames a Cristo”.

En estas pocas palabras van resumidas, pienso, las experiencias de estas jornadas mundiales, que desembocan en llevar a Cristo hasta el último rincón del mundo.

“Buscar a Cristo” define el primer paso. El amor comienza siempre como una búsqueda, que conduce a un trato personal, en la intimidad: “Pasa como con el noviazgo –explicaba San Josemaría a esos jóvenes–: el trato es necesario, porque, si dos personas no se tratan, no pueden llegar a quererse. Y nuestra vida es de Amor” (*Forja*, n. 545). Es necesaria una apertura del corazón, no es algo mecánico, programable: rezo para que se dé en muchos, con la gracia del Espíritu Santo y la ayuda de la auténtica amistad humana.

“Encontrar a Cristo” es ya arraigarse más y más en Él, como el sarmiento a la vid (*Jn* 15, 1-8). “Estar arraigados en Cristo —explica Benedicto XVI en el Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud— significa responder concretamente a la llamada de Dios, fiándose de Él y poniendo en práctica su Palabra (...); escucharle como al verdadero Amigo con quien compartir el camino de vuestra vida”.

“Amar a Cristo”, en fin, supone ya gozar de esa savia que da sentido y fuerza para querer a los demás y desear amar más y más; es ya estar “edificado” en Cristo, dejar que el Espíritu Santo construya en nosotros la imagen del Verbo encarnado que se ofrece por todos. El nuevo dinamismo al cual nos llama el Papa significa buscar el perdón en el Sacramento de la Reconciliación, para recibir ese amor, un sacramento que el mismo Benedicto XVI mismo

celebrará en Madrid, como elocuente testimonio de la misericordia divina. Y ese amar exige dejarse amar por Jesús en la Eucaristía, para llevarle después a muchas otras personas.

Pido a la Virgen de la Almudena, Madre de Dios y Madre nuestra, para mí y para todos, la alegría de una nueva conversión, un partir de nuevo en el camino de la fe, para que, sabiéndonos débiles pero a la vez "fuertes en la fe" (Col 2, 7), creamos en el amor de Dios Padre y nos sintamos de verdad hijas e hijos de Dios en Cristo.

+ Javier Echevarría

Prelado del Opus Dei